



## Sólo uno mismo puede conocerse; o ¿De quién es el Inconsciente?<sup>1</sup>

**Anthony Bass<sup>2</sup>**  
New York, USA.

Este ensayo explora la en ocasiones extraña cualidad de la experiencia inconsciente y de la comunicación inconsciente que a menudo caracteriza la vida en relaciones psicoanalíticas. Tal como Ferenczi destacó hace unos 70 años, la relación psicoanalítica puede “promover de manera significativa el desarrollo de manifestaciones de receptividad más sutiles”. Se exploran las cualidades especiales de la receptividad inconsciente, así como los intensos puntos de contacto en la relación psicoanalítica, consultando la historia de las ideas psicoanalíticas (p.e. Freud, Ferenczi, Singer, Loewald, Symington), y los descubrimientos hechos en otros campos tales como la ciencia cuántica moderna. Se exponen viñetas clínicas para ilustrar este fenómeno.

**Palabras clave:** Comunicación inconsciente, Relación psicoanalítica.

This essay explores the sometimes uncanny quality of unconscious experience and unconscious communication that often characterizes life in psychoanalytic relationships. As Ferenczi noted some 70 years ago, the psychoanalytic relationship may “significantly promote the development of subtler manifestations of receptivity.” Special qualities of unconscious receptivity and deep points of contact in the psychoanalytic relationship are explored, with reference to the history of psychoanalytic ideas (e.g., Freud, Ferenczi, Singer, Loewald, Symington) and to findings from other fields such as contemporary quantum science. Clinical vignettes are provided to illustrate such phenomena.

**Key Words:** Unconscious communication, Psychoanalytic relationship.

**English Title:** It Takes One to Know One; or, Whose Unconscious Is It Anyway?

**Cita bibliográfica / Reference citation:**

Bass, A. (2009). Sólo uno mismo puede conocerse, o ¿De quién es el Inconsciente?.

*Clínica e Investigación Relacional*, 3 (3): 481-494.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/Volumen33Octubre2009/tabid/645/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

“Si tu quisieras conocer lo que los poetas sienten / En la tierra de los poetas deberás haber morado”<sup>3</sup> escribió Goethe, poeta del siglo XIX. Así empezó la incisiva crítica de Erwin Singer (1977) a la noción de que un analista pueda ser realmente anónimo: “Verdaderamente”, continuaba Singer, en una expresión poética de su propia cosecha, “sólo aquel que intenta experimentar el mundo del poeta, y se siente a gusto en él, puede encontrarse plenamente con el poeta. Pero aquel que se arriesga a exponerse mediante la verdadera escucha de la angustia y el éxtasis de su colega, puede desear la misma exposición por parte del otro. En cualquier encuentro genuino, ambos participantes están en igualdad de condiciones” (p. 181).

Aunque en los últimos años se ha convertido en sabiduría popular de analistas de distintas orientaciones teóricas el hecho de que la contribución del analista a su trabajo es muy personal, subjetiva, e inevitablemente auto-expresiva, Singer se encontraba entre el grupo mucho más pequeño de analistas interpersonales, que se esforzaron, hace décadas, en explicitar este aspecto de la vida psicoanalítica y, en demostrar mediante palabras y actos, cómo podemos actuar habitualmente con nuestros pacientes.

Las dos obras fundamentales de Singer, “La Renuencia a Interpretar” (1968) y “La Ficción del Anonimato Analítico” (1977), prefiguraron gran parte del trabajo que se hizo durante los 30 años siguientes, en el que los teóricos y clínicos interpersonales/relacionales destacaron la importancia central, tanto en el desarrollo humano como en el trabajo psicoanalítico clínico, de los aspectos subjetivos e intersubjetivos de la experiencia, y redefinieron la naturaleza de las relaciones entre el analista y el paciente, tanto en niveles conscientes como inconscientes.

Singer (1977) escribió, “si el proceso analítico representa una serie de situaciones en las que todos los actos del paciente, sean acciones u omisiones, le muestran como es... entonces ocurre exactamente lo mismo con el analista” (p. 183). Continuaba:

*“No estoy hablando de que el analista simplemente comparta con el paciente sucesos o hechos de su vida... Estoy hablando de un proceso mucho más sutil en el que el paciente, mientras expone la estructura y el contenido de sus preocupaciones, al mismo tiempo revela lo que Fromm llamó la religión privada de la persona, o la genuina jerarquía de los valores por los que vive, independientemente de las elaboradas pretensiones que pueda albergar. De manera similar, la estructura, foco, y contenido de la respuesta del analista al paciente, descubre la religión privada del analista, independientemente de sus pretensiones sobre sí mismo y otros [p.183].”*

O, tal como él lo definió de manera más coloquial pero no menos vívidamente, en “La Renuencia a Interpretar” (1968), “Sólo uno mismo puede conocerse, y en su correcta interpretación, el terapeuta revela que es uno mismo” (p. 369).

Volviendo a la cuestión que sirve como punto de partida para estas consideraciones (es decir, ¿de quién es el inconsciente?), las observaciones de Singer nos llevan a una intrigante posibilidad. Si es tuyo, y puedo reconocerlo, ¿no debe ser mío también? Y si es mío, lo sabrás tan pronto conozcas lo tuyo. Sin embargo, una respuesta engañosamente simple podría llegar a oscurecer el hecho de que nuestra pregunta invita a meditar sobre

una de las más venerables y peligrosas de todas las *koans*<sup>4</sup> psicoanalíticas. Este enigma, bajo distintos *alias*, ha creado controversia desde el principio de los tiempos, dejando profundas cicatrices, rompiendo grandes amistades, creando enfermedades mortales, volviendo locos a otros, y estimulando las grandes guerras psicoanalíticas del siglo 20. Un prominente programa de formación neoyorquino, consciente de la extrañamente explosiva alquimia, como colisiones entre materia y antimateria, generadas por el contacto entre los analistas que prefieren distintas soluciones al enigma, llegaron a desarrollar un sistema secreto de caminos paralelos para minimizar el número de encuentros potencialmente desastrosos<sup>5</sup>.

La controversia – personal, clínica y metapsicológica- se ha centrado en cuestiones tales como la relación entre la transferencia y la contratransferencia, la psicología de una persona *versus* la de dos personas y la de más de dos personas, la naturaleza del espacio analítico, la estructura y el significado del encuadre analítico, y los detalles ordinarios de la técnica analítica, incluso la propia estructura de la mente.

Practicando una disciplina que, desde su comienzo, ha puesto el foco de su exploración en el inconsciente, los psicoanalistas siempre han admitido dos mentes comprometidas entre ellas tanto a nivel consciente como inconsciente, de manera fundamental para el proceso y para la acción terapéutica. “Es algo extraordinario”, dijo Freud (1915), hablando de la parte quinta-esencialmente psicoanalítica de la interacción, “que el inconsciente de un ser humano pueda reaccionar al de otro, sin pasar por el consciente. Esto merece una investigación más detallada... pero, hablando en términos descriptivos, el hecho es indiscutible” (p.194).

El desarrollo de la técnica analítica en sí misma se formó en gran parte gracias al conocimiento de la experiencia inconsciente en la raíz de la relación entre el analista y el paciente. Ogden (1997) hizo notar que el uso del diván, un componente crítico de la estructura original del psicoanálisis clínico “nos da la privacidad gracias a la cual el analista puede sumergirse en un estado de ensoñación en el que se entrega al torrente de sus pensamientos inconscientes, y le da su propio inconsciente receptivo al inconsciente del analizado” (p.113). Freud (1912), reconoció que el analista debe estar en un estado de libre atención flotante, como contrapunto al compromiso del paciente a la regla fundamental de libre asociación, y la condición *sine qua non* de la auténtica escucha psicoanalítica. Nos enseñó que el inconsciente del analista debe ser el instrumento principal de su esfuerzo:

*“El analista debe orientar su propio inconsciente, como órgano receptivo, hasta el inconsciente del paciente. Debe ajustarse al paciente, tal como un aparato de teléfono se ajusta al micrófono transmisor. Tal como el aparato transmuta las oscilaciones eléctricas inducidas por las ondas acústicas en ondas acústicas, así la mente inconsciente del médico reconstruye el inconsciente del paciente, el cual ha determinado sus asociaciones libres” [pp.115-116].*

Y, más concretamente, revisando la evolución del método clínico desde la posición ventajosa de 1923, Freud destacó:

*“La experiencia demostró que la actitud más ventajosa para el analista consistía en rendirse a su propia actividad mental inconsciente, entrando en un estado de atención suspendida, para evitar, en la medida de lo posible, la construcción de expectativas conscientes, sin intentar arreglar lo que descubrió en su memoria, y así, captar el inconsciente del paciente con su propio inconsciente” [p.239].*

Pero, cuando Freud escribía estas palabras, iniciando el profético amanecer de una era psicoanalítica, la primera generación de psicoanalistas empezaron a discrepar bruscamente

sobre la naturaleza de la relación entre mentes participantes. Para Freud, el inconsciente analítico debía ser usado como un instrumento de escucha de alta sensibilidad, aunque su disciplina (atrapada en principios orientativos tales como la neutralidad analítica, el anonimato, la pantalla en blanco, o la función del espejo) implica que su propia función transmisora debe permanecer controlada para que su recepción por parte del paciente ponga en peligro y contamine el proceso a través del cual la transferencia, el *sine qua non* del análisis, se mantenga libre de obstáculos. Como Freud (1912) dijo, “El analista debe ser impenetrable para el paciente, y como un espejo, reflejar sólo lo que se enseña” (p.118). Para Freud, el inevitable encuentro entre un inconsciente y otro tiene lugar en lo que parece ser una calle de una sola dirección. Su amigo y protegido Ferenczi, sin embargo, declaró haber tenido experiencias cruciales con los pacientes que le darían un amplio espectro de comprensión psicoanalítica, y le permitirían considerar dimensiones bipersonales y recíprocas de experiencia psíquica, comunicación y transformación. Como escribió Ferenczi, “Cuando dos personas se encuentran por primera vez, se produce un intercambio de impulsos tanto conscientes como inconscientes” (Dupont, 1988, p.84). Con la ayuda de un paciente, Ferenczi acuñó la expresión “diálogo de inconscientes” para describir la observación de que, cuando dos personas conversan, no sólo hay un diálogo consciente, sino también uno inconsciente. Ferenczi detalló las distintas formas que dichas comunicaciones recíprocas toman en el campo de la transferencia-contratransferencia y demostró, particularmente en su diario clínico póstumo, la imposibilidad de cualquier secreto entre el paciente y el analista. El paciente, según Ferenczi, “detecta, a partir de pequeños gestos (tipo de saludo, apretón de manos, tono de voz, grado de animación, etc.) la presencia de afectos” (Dupont, 1988, p.11) lo que puede revelar al paciente más sobre el analista que el analista mismo puede saber. (Esto suponía un camino bastante distinto del que Freud había atravesado tan fielmente, en el que el énfasis en la neurosis de transferencia jugaba un papel fundamental en la organización de la percepción que el paciente tiene del analista). Las observaciones de Ferenczi volvieron obsoleta la metáfora del espejo para muchos analistas, y fueron continuadas por analistas interpersonales tales como Singer, y Wolstein (1992), quien, sobre la innovadora contribución de Ferenczi al análisis de la contratransferencia, dijo: “El psicoanalista puede...adoptar una actitud profesional – ‘actitudinalizar’ una fachada terapéutica...pero...la capacidad del paciente de percibir la experiencia psíquica inconsciente de otros, incluido el psicoanalista, no cesa por tomar el rol socialmente definido del paciente” (pp.185-186).

Los dos puntos de vista amplios sobre la naturaleza de las relaciones entre inconscientes participantes se convirtieron en un punto de divergencia entre las escuelas clásicas y relacionales. Las escuelas relacionales enfatizaron las dimensiones bipersonales de la relación analítica, considerando la transferencia y la contratransferencia como una unidad, en la que cada una de ellas crea, define e incorpora vida en la otra.

En 1932, Ferenczi, adelantándose varias generaciones en su forma de pensar, informó en sus experimento sobre análisis mutuo, reflejando en su diario clínico el extraordinario intercambio terapéutico, que refleja una cualidad de la unidad de la experiencia, un sentido de la conexión como existía entre el paciente y el analista:

*“19 de Enero, 1932: el sueño de RN. La antigua paciente Dr. Gx empuja su marchitado pecho en la boca de RN. “No es lo que necesito; tan grande, vacío – no hay leche.” El paciente considera que el fragmento de su sueño es una combinación de los contenidos inconscientes de las mentes del analizado y el analista. Exige que el analista debe “sumergirse”, o incluso dormirse. Las asociaciones del analista se retrotraen a un episodio de su infancia (a la edad de un año); mientras el paciente repite en sueños*

*eventos terroríficos ocurridos a la edad de un año y medio, tres, cinco, y once y medio, y su interpretación. El analista es capaz, por primera vez, de conectar emociones con el evento primario, y por lo tanto dotar al evento de la sensación de una experiencia real. Al mismo tiempo, el paciente consigue ganar insight, más penetrante que antes, de la realidad de estos eventos que se han repetido tantas veces a nivel intelectual... es como si las dos mitades se hubieran juntado para formar un alma entera. Las emociones del analista se combinan con las ideas del analizado, y las ideas del analista (imágenes representacionales), con las emociones del analizado; de esta manera las imágenes se convierten en sucesos, y el tumulto vacío y emocional adquiere un contenido intelectual” [Dupont, 1988, pp 13-14].*

Estos momentos, que reflejan profundos y a veces confusos puntos de conexión y receptividad, han formado siempre parte de la experiencia de ser un analista. Ferenczi hizo notar que dichos momentos no se podían explicar en “el estado actual de conocimiento de la fisiología de los órganos sensoriales y de la psicología” (Dupont, 1988, p.85). Ferenczi continuó:

*“Otros han destacado ya la extraordinaria frecuencia con la que el fenómeno de lo que se ha llamado transferencia de pensamiento (telepática) ocurre entre el médico y el paciente, a menudo de tal manera que sobrepasa la probabilidad de la mera casualidad. Si estas cosas se confirmaran algún día, nosotros los analistas encontraríamos plausible que la relación de transferencia pueda alentar el desarrollo de manifestaciones sutiles de receptividad” [Dupont, 1988, p.85]*

Y de manera similar, Ferenczi escribió una carta a Freud (con fecha del 22 de Noviembre, 1910), “Soy un gran adivino, un lector de pensamientos. Leo los pensamientos de mi paciente (en mis asociaciones libres). La futura metodología de los psicoanalistas debe usar esto” (citado en Brabant, Falzeder, y Giampori-Deutsch, 1994, p.235).

Symington (1983) observó lo que yo considero un fenómeno relacionado, reflejando la profunda y duradera interconexión entre el paciente y el analista, a la cual se refirió como el “factor-x”. La relación entre lo que ocurre en el mundo interior del analista y el del paciente es integral para el proceso de cambio. Symington escribió:

*“Mi opinión es que el acto interno de libertad del analista causa un cambio terapéutico en el paciente, y un nuevo insight, aprendizaje y desarrollo en el analista. La interpretación es esencial debido a que expresa el cambio que ya ha ocurrido y lo hace disponible a la conciencia. Aunque el caso es que el agente esencial del cambio es el acto interior del analista, y que este acto es percibido por el paciente, y que provoca el cambio. Incluso el acto mental interno del analista tiene alguna relación manifiesta perceptible, aunque su perceptibilidad puede ser inconsciente, y probablemente lo sea” [p.260].*

La relación analítica ofrece un potencial fértil único para dirigir, procesar y usar la experiencia inconsciente para provocar la conciencia psicológica y el cambio. La transferencia-contratransferencia encarna una forma de enredo, que quizá reciba su poder de la unidad de la vida primitiva y tenga su origen en la fusión, falta de límites, y el apego sostenedor primigenio. Nuestros presentimientos, intuiciones, los esfuerzos de nuestro tercer oído – y los de nuestros pacientes – todo ello refleja las conexiones, profundamente ocultas, en la estructura de la relación misma.

Un analista en su relación con un supervisor resonante y en armonía suele pasar por la sensación por la que el paciente debió pasar sobre esa hora previa de supervisión. “No dije ni una palabra sobre lo que hablamos en la sesión previa, y el paciente comenzó diciendo



'X'." El supervisor y el supervisado no dan crédito. Hace algún tiempo, mientras dirigía un seminario clínico, me presentaron el sueño de un paciente. La persona que me lo presentó no le había contado a su paciente que presentaría su trabajo en un seminario. En el sueño del paciente, un grupo de personas observan la sesión analítica del paciente en una pantalla de televisión. La cámara está oculta en un cuadro colgado en la pared. Uno de los observadores se llama como yo. ¿Como podía la paciente saber que su terapeuta iba a presentar su trabajo en una clase – y además saber el nombre de uno de los participantes? No es difícil imaginar que el trabajo de las sesiones se presente de forma inconsciente en un cambio en el nivel de ansiedad del terapeuta, o en su lenguaje corporal, registro de notas, o nivel de actividad. Pero ¿el nombre de un participante? ¿Coincidencia? Comunicaciones bidireccionales que evitan el conocimiento consciente son fundamentales para el potencial transformacional del psicoanálisis, lo que parece ser promovido por la atención disciplinada del analista a su propia experiencia interior y a la del paciente. Dichos movimientos sutiles son registrados, a través de todos los sentidos conocidos en innumerables maneras, y mezclados en permutaciones deslumbrantes. Gran parte del proceso es subliminal – momentos de conciencia localizando la punta de un gran iceberg. Aún así es útil dejar que nuestra atención fluctúe, investigando sobre lo que podemos encontrar, cambiando entre el *self* y el otro como un foco en la noche, iluminando una estrecha envoltura de conciencia psíquica a través de la oscuridad. Tal como Reik lo expuso, para encontrar al paciente, debemos buscarle dentro de nosotros mismos – y, añadiría, nos encontramos dentro del paciente también.

El artista Chuck Close, observando el trabajo de su colega Brice Amaarde, dice:

*"Dijo que él había pintado un cuadro rojo. Cuando llegué a su estudio, vi que había pintado un cuadro gris. Pero lo había hecho mezclando rojos y azules de alta intensidad, que se anulaban a sí mismos, de manera que oculto en el gris se podía ver un color rico, de plena intensidad y de plena saturación, pero neutralizado y contenido. No podía ser un simple gris echado sobre el lienzo"* [citado en Kimmelman, 1997, p.C1].

"En la mutua interacción de la buena hora analítica", escribió Loewald (1975), "el paciente y el analista, cada uno a su manera y en su propio nivel mental se convierte en artista y medio, el uno para el otro. Para el analista como artista, su medio es el paciente en su vida psíquica; Para el paciente como artista, el analista se convierte en su medio. Pero, siendo seres vivos, tienen sus propias capacidades creativas, así que ambos son creadores" (p. 369).

Los analistas alimentan en sí mismos una sensibilidad ajustada para ver los colores que están mezclados, neutralizados, y contenidos bajo la mezcla de la superficie. Mientras se desarrolla una relación, cada parte comienza a discernir los colores en la paleta del otro y en la suya propia. Parte de la acción terapéutica incluye el enriquecimiento mutuo que se acumula cuando cada paleta se expande a través del contacto con el otro. Ocurre a través del juego, a través del humor, a través de la apreciación de los elementos intersubjetivos que informa de la conciencia mutua, y a través de una amplia gama de formas de presencia analítica, comprensión y relación. El consejo de Rilke a un joven poeta, "Permanece atento a aquello que surge en tí, y sitúalo por encima de todo lo que observas sobre tí" puede servir como un útil recordatorio al analista en el camino hacia el inconsciente.

Aún veo un paciente que hace varios años me dijo que tenía una manera de saber cosas sobre las personas mucho antes de saber cómo sabía lo que sabía. Pensaba que era vidente, lo que encontraba terriblemente perturbador. Le hacía pensar que podía estar loca, y tenía mucho miedo de que las imágenes que veía fueran de cosas malas que estaban

ocurriendo. También tenía miedo de sus sueños, los cuales eran a veces muy perturbadores porque amenazaban con contarle más sobre sí misma de lo que quería saber. La conocí por primera vez en un grupo terapéutico de problemas de alimentación que dirigí en el hospital. No dijo mucho en el grupo; pero cuando lo decía, hablada de una manera infantil que podía despistarnos sobre su considerable inteligencia, y tenía una gran capacidad de inducirme sueño.

Después de varios meses en este grupo, entro en el análisis conmigo. No tenía mucho que decir en las sesiones analíticas tampoco. La mayor excepción eran sus sueños – con multitud de escenas, vívidas, alegres, fascinantes. Los recordaba con tal detalle, y con tal tono de voz, que parecía estar soñando durante la sesión. (Me di cuenta más tarde que este era esencialmente el caso - vivía—en una serie de estados hipnóticos, cuyo descubrimiento e investigación se convirtió en una parte importante del análisis). Cada sueño llenaba una sesión o dos. Pero no se percibía a sí mismo como dueña de estos sueños. Eran más como visitas. A menudo, terminaba de contarme el sueño, paraba, y no tenía mucho que decir sobre ello después; pero si yo hacía un comentario o una interpretación lo encontraba tremendamente interesante. Yo era el creativo, pensaba ella. “¿Quién está soñando estos sueños?” nos preguntábamos. Veía poco de la vívida paleta de sueños en su vida diaria, que era gris.

Cuando me dijo que sabía cosas sobre las personas que no tenía manera de saber, le pregunté, si sabía cosas sobre mí que no me había contado. De hecho, dijo con esa voz melosa, sabía que dejaría el hospital unos meses antes de que me fuera y abriera mi despacho privado. Y estaba bastante segura de que mi mujer había sufrido un aborto unos cuatro meses antes justo antes de Acción de Gracias. Bien, su segundo acierto consecutivo casi me tira de mi silla. Nunca había hablado de mi mujer, y mucho menos de su aborto. No podía explicar cómo sabía lo del aborto, que efectivamente había ocurrido cuatro meses atrás, excepto porque durante una época había sentido que yo estaba muy excitado – de la manera en que un hombre joven lo estaría, cuando espera su primer hijo. Si lo hubiera puesto en palabras, habría sido algo sobre mi color, mi postura, mi voz, no estaba muy segura. Y después de un tiempo le parecí desinflado.... así que ella supuso.... Bueno, ¿de quién es el inconsciente? Claramente, estaba retransmitiendo alto y claro, al menos para ella, cuyo propio receptor, según me estaba dando cuenta, era un instrumento extraordinariamente receptivo. No había aprendido a confiar en él; de hecho, la mayoría de los encuentros con él la habían asustado. Pero mientras hablábamos sobre cómo sabía lo sabía, nos quedó claro que su relación ambivalente con sus intuiciones se relacionaban directamente con lo mucho de ella misma que necesitaba mantener oculto bajo una fachada gris. Lo que empezaba a emerger eran recuerdos de incesto con un abuelo – incidentes que, tal como ella lo describió, nunca había olvidado pero nunca había realmente sabido. Había llegado a percibir el estado mental de su abuelo desde la distancia, a saber lo que él esperaba de ella, independientemente de que la buscara para el sexo o para algo más ‘abuelil’. Imágenes oníricas de bebés enterrados, quizá vivos, quizá no, comenzaron a emerger. ¿Había ella matado a un bebé? ¿Era ella el bebé? Podía empezar a pensar sobre esas imágenes y sus significados, comenzar a unirlas a sus experiencias tempranas antes y durante los años incestuosos. Cuando empezó a experimentar sentimientos intensos, a veces insoportables, sobre lo que sabía y no sabía, y lo que podía soportar que yo supiera de ella, comencé a experimentar fallos en mi propia conciencia durante las sesiones. Sus largos silencios y entonaciones como en un trance anunciaban mis confusos estados mentales, los cuales, después de una ardua lucha para encontrar su origen, nos llevó a identificar una serie de estados de trance en mi paciente – cada uno operando

independientemente y sin conciencia consciente. El descubrimiento inicial de dicho fenómeno ocurría durante una sesión en la que, después de un largo silencio, me liberé de cierta imaginación hipnagógica que me hizo darme cuenta de que debía preguntarle sobre una afirmación curiosa que había hecho 10 minutos antes, en un tono desconocido, sobre un uso particularmente inusual de la comida para generar estados alterados de conciencia. Se inquietó mucho cuando se dio cuenta de que no recordaba la conversación sobre el fenómeno a la que me refería. Yo estaba sorprendido, y desde luego, algo confundido sobre la fiabilidad de mi propio sentido de la realidad, cuando mi paciente comentó que tenía la impresión de que había estado en silencio durante toda la sesión, la cual consideraba la primera que tuvimos. Después de un periodo de gran ansiedad, durante el cual se preguntaba si podría estar sufriendo un trastorno múltiple de la personalidad (¿podría ser que una parte de ella estuviera hablando, y la otra inconsciente?), se interesó bastante en crear puentes entre algunos de esos estados alterados, y comenzó a usar sus poderes de percepción de forma accesible para ella, incluso excitantes, y que le permitían comenzar a aceptar y usar su propia creatividad. Empezó a desarrollar su propio radar para investigar las ricas capas de color internas, escondidas bajo la monotonía que mostraba al mundo exterior, y, mientras descubría y desvelaba su propia paleta, su voz empezó a adoptar una nueva cualidad, perdiendo su cadencia infantil. Empezó a encontrar nuevas maneras de utilizar sus talentos y dones intuitivos – divulgando un rango más amplio de entonación para expresar los matices de su mente, que ya no tiene que ocultarse.

Poco después de empezar a preguntarnos (¿de quién es el inconsciente?), me llamó la atención un artículo del *New York Times* (Browne, 1997) sobre avances recientes en la teoría cuántica – la revolución científica que ha cambiado completamente muchos de los supuestos de la física clásica. La mayoría de los analistas contemporáneos han conocido a al menos uno de los grandes teóricos cuánticos, Werner Heisenberg, cuyo principio de incertidumbre postulado, en los términos más simples y más reduccionistas, dice que lo que se observa en la realidad física se ve cambiada o afectada de maneras fundamentales por, el acto mismo de ser observado o medido. La versión rebajada de una de las más impenetrables y fascinantes revoluciones científicas de la historia (“física para poetas” como eufemísticamente lo llamábamos en la universidad”) sugiere que no podemos observar nada, incluso a los niveles más fundamentales de la naturaleza física, sin tener un impacto directo y calculable en el objeto observado. En el acto de medir, la onda se reduce a partícula, el potencial se reduce al hecho, con implicaciones asombrosas y desorientadoras para la realidad misma. En un terreno psicológico, las implicaciones para las posibilidades autocomplacientes inherentes en el diagnóstico son evidentes. El principio de incertidumbre se ha citado frecuentemente como parte de una crítica interpersonal/relacional de la teoría clásica de la transferencia y como parte del desarrollo de un paradigma relacional para el psicoanálisis que enfatiza la co-determinación de la experiencia analítica. El analista, no importa cómo afecte su lucha por la neutralidad a su comportamiento, no observa al paciente en un vacío. Su participación con ese paciente afecta inevitablemente y les cambia a ambos. Ninguno vuelve a ser el mismo que era antes de conocerse.

El artículo que me llamó la atención aquel día era sobre experimentos con fotones gemelos en la universidad de Ginebra. El Dr. Nicolas Gisin, siguiendo las implicaciones de la investigación de Heisenberg, envió pares de fotones a través de fibra óptica, del tipo que se usa para transmitir llamadas telefónicas – en direcciones opuestas en la ciudad de Ginebra. Mientras leía el *Times* esa mañana (habiendo empezado a considerar nuestra pregunta de de quién es el inconsciente), la referencia a la comunicación telefónica evocó de manera natural la asociación con la metáfora telefónica de Freud, citada antes, anticipando una



conexión entre los experimentos Suizos y la conexión entre los inconscientes. Mientras los fotones llegaban al final de las fibras, estaban obligados a hacer “elecciones” aleatorias entre caminos alternativos e idénticos. Ya que no había manera de que un fotón estuviera en comunicación directa con el otro, de acuerdo con las reglas de la física clásica – ya que esto necesitaría algún tipo de conexión establecida a una velocidad imposible, más rápida que la luz – la teoría predijo que las “elecciones independientes” de los fotones no tendrían relación entre ellas (un fotón podría ir a la derecha, el otro a la izquierda, aleatoriamente). Pero de hecho, extrañamente, las “decisiones independientes” hechas por pares de fotones eran las mismas. Einstein, respondiendo a predicciones de este extraño fenómeno hechas por teóricos cuánticos antiguos, sonreía con desprecio antes la posibilidad de dichos eventos, y los llamaba “acción espeluznante desde la distancia”; teóricos cuánticos contemporáneos hablan de, en un lenguaje que trasciende su ciencia, a la “a la magia de la rareza cuántica”.

Gisin testó una predicción de la teoría cuántica que postula que “las partículas enredadas<sup>6</sup>” se comunican entre ellas instantáneamente, incluso cuando están apartadas. En física, las partículas enredadas son entidades energéticas que comparten orígenes comunes y propiedades que parecen permanecer en contacto instantáneo – contradiciendo la impresión de que existe un hueco en la materia en el espacio. Estas partículas actúan como si aún estuvieran unidas, y los cambios en una se reflejan instantáneamente en la otra. Aunque se suele observar experimentalmente, el origen de la conexión que existe entre las partículas enredadas es uno de los grandes misterios en la física moderna.

Muy distinto de la física clásica, mecanicista y energética del silo XIX, que fundamentó la teoría estructural de Freud, el vocabulario cuántico del enredo, la unidad, puntos de origen comunes, conexiones espeluznantes, y relaciones extraordinarias, evoca parte de la cualidad inusual de la vida para el psicoanalista contemporáneo. Nuestra experiencia psíquica penetra en la de nuestros pacientes; nos enredamos en matrices de transferencia-contratransferencia, llenos de densos procesos de proyección e introyección; experimentamos formas diversas de identificación y de fusión, procesos con efectos que vemos y experimentamos, pero que no siempre entendemos; y nuestros estados cambiantes de *self* y afecto cambian de acuerdo con una coreografía deslumbrante que se convierte en medio para el trabajo analítico. A través de todo esto, transformamos a nuestro paciente y al mismo tiempo nos vemos transformados por él. ¿Puede mi paciente cambiar, y yo permanecer igual? ¿Puedo cambiar yo, y que mi paciente permanezca igual?

En un extraordinario artículo “Wilfred Bion y David Bohm: Hacia una Metapsicología Cuántica,” Godwin (1991) sugirió que el descubrimiento más significativo de la física cuántica es que hay un campo fundamental de plenitud íntegra subyacente a nuestro mundo percibido de separación y fragmentación. Entidades supuestamente separadas a nivel cuántico parecen ejercer una influencia directa la una sobre la otra, sin respetar la distancia implicada, porque “las partículas subatómicas son simplemente una expresión hacia fuera del campo subyacente que les une. Al contrario que un modelo mecánico, en el que todos los componentes están separados y externamente relacionados, ‘las partes’ en el orden implicado pueden por lo tanto estar en “relación interna la una con la otra” (p. 629).

Algunos analistas han empezado a considerar la relación entre momentos extraordinarios de profunda conexión que evocan una conexión telepática o clarividente, y los descubrimientos igualmente confusos de la ciencia cuántica. Mayer (1996) ofreció una revisión particularmente clara y esclarecedora de los desarrollos actuales:

*“Me gustaría sugerir que los tipos de conocimiento que habitualmente catalogamos bajo*

*rúbricas como intuición, logro empático, y comunicación inconsciente implican procesos cognitivos y comunicativos particulares, sobre los que nuestro conocimiento se mantiene crucialmente limitado. Para expandir nuestro entendimiento de estos procesos, sugeriría que puede ser útil buscar fuera de nuestra base de datos habitual, y examinar algunas observaciones fascinantes y controvertidas, descubiertas no en terreno analítico, sino en terreno experimental” [p.717].*

Pero el interés en estos fenómenos tampoco ha decaído en los psicoanalistas convencionales. Consideremos lo que Loewald (1988), en su trabajo teórico sobre la sublimación, escribió sobre la unidad:

*“Tendemos a pensar automáticamente en la transmutación de niveles inferiores a superiores como una forma de progreso desde estados toscos, crudos, a estados más refinados y avanzados, que han renunciado a sus orígenes primitivos, crudos... El “inferior” y el “superior” juntos como uno dentro una experiencia unitaria original, el uno es el otro, y después pueden sustituirse el uno al otro, el cuerpo y sus poderes un símbolo de la esencia divina, la deidad un símbolo del cuerpo sexual vivo. Es la unidad original la que está en proceso de ser restaurada, o parte de ella se salva a través de la sublimación; hay una conexión simbólica que constituye lo que nosotros llamamos significado. En esta perspectiva, las transmutaciones de las sublimaciones revelan una expansión a distintos elementos diferenciados de una experiencia instintiva-espiritual única: se mantiene viva en la forma de una conexión” [p.13]*

Recientemente tuve una experiencia que tenía una cierta cualidad espeluznante, de enredo y sincronía como la que generan esas partículas cuánticas – mezclada, por supuesto, con los elementos quinta-esencialmente humanos que separan el psicoanálisis de la mecánica cuántica. Un hombre vino a verme a raíz de un síntoma duradero, que tenía que ver con preocupaciones sobre la comida, y que estaba de nuevo sufriendo tras un periodo de control conseguido mediante trabajo previo psicoanalítico y de grupo. El contexto de su actual preocupación – y que complicaba considerablemente el significado del síntoma – era que convivía con un cáncer que se le había extendido al pulmón, por lo que su vida estaba llena de ansiedad, vulnerabilidad, y coyuntura incierta. Estaba viendo a otro terapeuta, un especialista en ayudar a soportar el cáncer, y ella estaba de acuerdo en que él podría encontrar a alguien que le ayudara con su otro síntoma, ya que acordaron que era importante seguir viviendo y trabajando en sus problemas cotidianos tanto tiempo como pudiera (aunque no estaba claro si su sobrepeso y su hábito de darse atracones de noche serían en si mismos problemas muy significativos en el contexto de un cáncer que le amenazaba con, entre otras cosas, el deterioro físico que la enfermedad puede suponer en sus estadios tardíos).

El paciente, Ralph, como le llamaré, se sumergió rápidamente en lo que me pareció un análisis extraordinariamente profundo y valiente. Hablar sobre comida llevo a hablar sobre sexo, a hablar sobre su madre, sobre sentimientos incestuosos, sobre varias formas de control que ella ejercía sobre él, sobre su dificultad en separarse de ella, sobre un nuevo reconocimiento de que sólo había visto a su padre a través de los ojos de su madre, de tal forma que nunca podía tener su propia relación con él, y muchos temas relacionados que exploramos con gran detalle. El trabajo parecía ir a un ritmo impresionante, quizá bajo la presión de tener que conseguir mucho en lo que parecía ser un futuro abreviado. Sentía que su análisis anterior le había preparado el terreno para el trabajo que estábamos haciendo ahora, pero nunca antes había usado su tiempo de manera tan fructífera. Y eso era cierto no solo durante las horas que pasamos juntos; toda su vida se había convertido en un proyecto

para la investigación de su *self*, tanto histórica (juntaba álbumes de fotos con anotaciones, desde la infancia hasta el día de hoy, pasando por los años en el ejército) como intrapsíquicamente, y se había convertido en una búsqueda a tiempo completo. El campo de la transferencia-contratransferencia fue rico e intenso desde el principio. Se mostró enfadado conmigo sobre mis honorarios (más elevados que los del psiquiatra), y sobre el hecho de que terminara mis sesiones en hora. Se sentía atraído y a la vez envidiaba mi juventud relativa, aparente salud, y supuesta virilidad, como él lo llamaba. Estaba tremendamente comprometido con nuestro trabajo. Decidió dejar de ver a su otro terapeuta de forma que pudiera dedicar toda su energía a nuestro trabajo. Aunque le gustaba mucho su otro terapeuta, y hablaba sobre ella con gran afecto paternal, y hasta con amor, dijo que ya era hora de acabar con ello. No necesitaba ayuda para morir, dijo, sino ayuda para vivir. Su enfermedad progresaba, pero el análisis se había convertido en algo central en su vida. Empezaba a ver su vida en términos muy distintos. Nuevos colores surgían en su paleta. Estaba desarrollando una relación nueva e independiente con su padre, y se estaba separando de su madre, ambos fallecidos tiempo atrás. Se estaba volviendo más abierto con su mujer, y reconectando con su familia y amigos, los cuales estaban volviendo a su vida, después de haber perdido el contacto durante años. Se dio cuenta de que podía ser más abierto que nunca con ellos, les veía de forma muy distinta de lo que les veía antes, y estaba seguro de que empezaban a conocer una versión distinta de sí mismo. Saboreaba con lágrimas la riqueza agrídulce de su vida, la cual estaba llegando a su fin.

Después de un tiempo, su estado empeoró y no le permitía venir a las sesiones. El cáncer se había extendido a sus huesos, rompiendo dolorosamente algunos de ellos, y no podía moverse. Pero el trabajo debía continuar. Era demasiado importante como para parar por el cáncer. ¿Iría yo a su casa para las sesiones? Por supuesto. ¿Le vería, tal como él lo dijo, hasta el final? Sí. Me preguntó cómo me afectaría a mí. ¿Necesitaría un análisis, supervisión? Le dije que si necesitaba ayuda, no dudaría en pedirla, pero que me gustaría avanzar en nuestro trabajo tanto como pudiéramos.

Un elemento que afectó a mi experiencia contra-transferencial de la situación tenía que ver con la muerte de mi padre, unos 10 años antes. Tuvo un infarto, parecía mejorar, iban a trasladarle a un centro de rehabilitación y de repente (como yo lo viví), tuvo un ataque al corazón y murió. Yo no había previsto el final, y negando la seriedad de su estado, había vivido la semana posterior a su infarto como una casi normal de trabajo – con sesiones durante el fin de semana pero sobre todo manteniendo mi agenda de pacientes durante la semana. Mi padre no podía hablar, pero pasé tiempo sentado con él, hablando yo, intercambiando miradas significativas. Cuando murió, además de estar triste y sufrir, me arrepentí de no haber pasado toda la semana con él. Admití durante mis sesiones con Ralph que había algo en nuestro trabajo, nuestro foco en padres e hijos, madres y separación, sexo e intimidad, ocultación y vergüenza, que iluminaba algo crucial para nosotros, y me daba cuenta de que entre mis distintos sentimientos hacia mi paciente Ralph, estaba la gratitud por su generosidad de espíritu e invitarme a estar con él tan íntimamente cuando llegaba al final de su vida.

La primera vez que tenía que ir a casa de Ralph, llamé con antelación para saber si estaba listo para la sesión. “Por supuesto, le he estado esperando,” dijo. Cuando llamé con antelación antes de la segunda sesión, Ralph se preguntó si me ocurría algo, ya que tenía que llamar antes de ir. Yo veía las llamadas como naturales y corteses. ¿Estaba Ralph despierto, con demasiado dolor, demasiado adormecido por la medicación? Pero él sugirió que quizá me era difícil verle en ese estado de la enfermedad. Quizá estaba teniendo alguna resistencia a verle morir. ¿Qué significaría para mí? No había sido claro con él sobre esto –

o sobre lo que nuestra relación me descubría sobre mí mismo, mi relación con mi padre, su muerte,... - pero él parecía haberse dado cuenta.

Hablamos de su muerte, de su relación con su padre, madre, esposa, sobre su gratitud de que estas relaciones estuvieran creciendo y cambiando a través de nuestro trabajo juntos. Le dije que yo estaba sacando tanto de las sesiones cómo él, quizá más. Sonrió y dijo que ya lo sabía. Era irónico, dijo sonriendo con lágrimas en los ojos, que esos meses fueran los mejores de su vida.

Pasaron un par de semanas. Me desperté sobresaltado de un sueño en el que estaba hablando con Ralph por teléfono. Le había llamado para decirle que iba a ir a verle. Dijo, sí, lo sé, ¿por qué me llamas ahora? ¿Algún problema con mi muerte? Ya sabes que yo quiero verte hasta el final, no importa lo enfermo que esté. Si estoy dormido, despiértame. Dije, no sé por qué te estoy llamando – algún tipo de resistencia, supongo, quizá similar a la que me impidió ver a mi padre más esa última semana. Lo revisaremos cuando pase a verte. Ahí es donde me desperté sobresaltado.

Seis de la mañana. Llamé al contestador de mi despacho. Comunicando. Comunicando otra vez. Entonces lo conseguí. Un mensaje de Ralph, llamando en el preciso momento en el que me despertaba de mi sueño – como el increíble movimiento paralelo de una partícula enredada – que decía que había tenido importantes revelaciones el día y noche anterior, y necesitaba verme urgentemente. De hecho, quería marcar cuantas más sesiones posibles esa semana – la semana que finalmente fue la última. En la noche de mi cumpleaños, le vi para una sesión final, y murió unas horas después.

Cuando llegué a casa de Ralph la noche de mi sueño, dijo que no sabía por qué me había llamado esa mañana, ya que sabía que iría a verle ese día. De hecho, se lo preguntó mientras marcaba mi número – había tenido una extraña sensación, como si me estuviera devolviendo la llamada. Durante la sesión, le expliqué la increíble sincronía de mi sueño y mi llamada cruzándose con la suya, de tal forma que produjo el tono de comunicando. Demasiadas señales querían pasar a través de esa vía al mismo tiempo, pero otras señales, a través de otro conductor, parecían habernos conectado esta mañana. A través de la relación que habíamos construido, de consciente a consciente, y de inconsciente a inconsciente, los mensajes nos llegaban en cualquier caso.

Los psicoanalistas hablamos de terminación, el símbolo que nuestra disciplina utiliza para el proceso a través del cual el analizado y el analista llegan al final de su tiempo juntos, terminando su colaboración activa, y cada uno de ellos retomando su vida independiente. Pero habiendo vivido cada vez más de estas coyunturas, tanto como analizado y como analista, encuentro que la palabra terminación, con sus significados de “confinamiento” “finalidad” “llevar algo hasta el final de tal forma que no se extienda mas”, no captura las dimensiones cruciales de esos momentos en los que, al final del día, los principios y los finales se fusionan, formando una unidad.

La mayoría de las veces, la vida sigue para un analista y un analizado de forma parecida, aunque cuando la relación ha desarrollado todo su potencial, ninguno de los dos es el mismo después de haber conocido al otro como lo hicieron, y la trayectoria de ambas vidas ya no será la misma después del encuentro. Cada uno se queda con una paleta que ha sido enriquecida por el otro.

Los psicoanalistas han teorizado mucho sobre las formas en las que los humanos transportan a otros con ellos, y han desarrollado conceptos para esos procesos – internalización, incorporación, identificación, objetos internos bueno y malo. Pero

cualesquiera que sean los distintos matices que cada teoría enfatiza para entender el fenómeno, la sensación de relación interminable se mantiene en la reconsideración habitualmente necesitada del entendimiento original de Freud de que el análisis termina con una resolución de la transferencia, retrayéndose de esas valencias psíquicas especiales, derivadas de relaciones pasadas, que quedan ahora libres para ir por caminos distintos.

La situación psicoanalítica, según ha evolucionado en su primer siglo, posibilita una forma de experiencia humana distinta a cualquier otra, aunque tiene elementos en común con otras relaciones de intensa resonancia, intimidad, cuidado, vulnerabilidad, y conocimiento personal e interpersonal mutuo. Quizá esto nos da una pista a la pregunta que Ferenczi esperaba se respondiera algún día – porqué los analistas y los pacientes parecen tener tan habitualmente experiencias de puntos de unión tan profundos y hasta increíbles, retando las suposiciones normales sobre lo que somos capaces de conocer y percibir sobre el otro. ¿Podría ser que hayamos descubierto o creado una forma de relación humana en la que, como con los fotones gemelos de Gisin, se forje tan profundamente una relación que nunca pueda romperse del todo, independientemente de la distancia en el tiempo y el espacio?<sup>7</sup>

## REFERENCIAS

- Brabant, E., Falzeder, E. & Giampiori-Deutsch, P. (1994). *The Correspondence of Sigmund Freud and Sandor Ferenczi (1908-1914)*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Browne, M. W. (1997). Far apart, 2 particles respond faster than light. *The New York Times*, July 22, p. C1.
- Dupont, J. (1988). *The Clinical Diary of Sandor Ferenczi*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Freud, S. (1912). Recommendations to physicians practising psycho-analysis. *Standard Edition*, 12:109-120. London: Hogarth Press, 1958.
- Freud, S. (1915). The unconscious. *Standard Edition*, 14:166-215. London: Hogarth Press, 1957.
- Freud, S. (1923). Two encyclopaedia articles. *Standard Edition*, 18:235-254. London: Hogarth Press, 1955.
- Godwin, R. W. (1991). Wilfred Bion and David Bohm: Toward a quantum metapsychology. *Psychoanal. Contemp. Thought*, 14:625-654.
- Kimmelman, M. (1997). Sought or imposed, limits can take flight. *The New York Times*, July 25, p. C1.
- Loewald, H. (1975). Psychoanalysis as an art and the fantasy character of the psychoanalytic situation. In: *Papers on Psychoanalysis*. New Haven, CT: Yale University Press, 1980, pp. 352-371.
- Loewald, H. (1988). *Sublimation: Inquiries into Theoretical Psychoanalysis*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Mayer, E. (1996). Subjectivity and intersubjectivity of clinical facts. *Int. J. Psycho-Anal.*, 77:709-737.
- Ogden, T. (1997). *Reverie and Interpretation*. Northvale, NJ: Aronson.
- Singer, E. (1968). The reluctance to interpret. In: *Use of Interpretation in Treatment*, ed. E. F. Hammer. New York: Grune & Stratton, pp. 364-371.
- Singer, E. (1977). The fiction of analytic anonymity. In: *The Human Dimension in Psychoanalytic*



*Practice*, ed. K. Frank. New York: Grune & Stratton, pp. 181-192.

Symington, N. (1983). The analyst's act of freedom as agent of therapeutic change. In: *The British School of Psychoanalysis: The Independent Tradition*, ed. G. Kohon. New Haven, CT: Yale University Press, 1986.

Wolstein, B. (1992), Resistance interlocked with countertransference. *Contemp. Psychoanal.*, 28:172-190.

## NOTAS

<sup>1</sup> Publicado originalmente como: Bass, A. (2001). It Takes One to Know One; or, Whose Unconscious Is It Anyway?. *Psychoanalytic Dialogues* 11: (5) 683-702. Reproducido y traducido con permiso del autor y de la editorial propietaria de los derechos (Taylor & Francis, <http://www.informaworld.com>). Traducción castellana de Susana Ávila Sánchez, revisada por Alejandro Ávila Espada.

<sup>2</sup> Anthony Bass, Ph.D. es Analista Docente y Supervisor del Programa Postdoctoral en Psicoanálisis y Psicoterapia de la Universidad de Nueva York, del *Instituto de Psicoterapia Contemporánea*, y del *Instituto de Psicoanálisis de Manhattan*. Una versión anterior de este artículo obtuvo el primer premio en conmemoración de Erwin Singer, esponsorizado por el *Instituto de Psicoanálisis de Manhattan*, y por el Programa Postdoctoral de la Sociedad Psicoanalítica de la Universidad de Nueva York. El Dr. Erwin Singer fue un psicólogo, psicoanalista y profesor al que se le tenía mucha estima. Su texto clásico de 1970, *Conceptos Clave en Psicoterapia* (publicado en castellano por Fondo de Cultura Económica), y sus numerosos artículos sobre diversos temas – que incluyen la necesidad emocional de simbolización, la reducción del anonimato analítico, y la ayuda terapéutica que el paciente facilita al terapeuta – fueron especialmente útiles en el proceso de cambio producido dentro del psicoanálisis desde el énfasis en la psicología unipersonal al énfasis actual en la psicología bi-personal. El premio se otorga a un artículo considerado como una buena ilustración del estilo creativo, independiente, humanista y clínico de Singer.

<sup>3</sup> N. de T. El autor hace la cita de Goethe a partir de la edición en inglés de sus obras: "If thou wouldst know what poets felt / In poets' lands thou must have dwelt"

<sup>4</sup> N. de T. *Koan* refiere a una anécdota paradójica o a un acertijo que no tiene solución. En el Budismo Zen se usa para mostrar la inadecuación del razonamiento lógico.

<sup>5</sup> N. de T. El autor se está refiriendo probablemente a las dos trayectorias de formación que hay en el Programa Postdoctoral de formación psicoanalítica en la Universidad de Nueva York: las trayectorias clásica y relacional.

<sup>6</sup> N. de T. "entangled particles" Partículas enredadas, que funcionan en red, resonando sin una conexión aparente.

<sup>7</sup> N. de T. Este trabajo vino seguido de comentarios (Peter Shabad, Paul Williams) en el mismo número de *Psychoanalytic Dialogues* en que fue publicado, a los que Anthony Bass dio respuesta en el trabajo: Bass, A. (2001). Mental Structure, Psychic Process, and Analytic Relations— How People Change in Analysis: Reply to Commentaries. *Psychoanalytic Dialogues* 11: 717-725. Este trabajo amplía e ilustra algunas de las ideas desarrolladas.